

El horror de Dunblane

Marisa Regueiro *

LA mañana del 13 de marzo, el horror se instaló en la pequeña y tranquila localidad de Dunblane, en Escocia; y desde allí, se extendió por todo el mundo. Los teletipos que martilleaban la espeluznante crónica parecían preguntar: ¿Cómo es posible una tragedia de esta naturaleza? ¿No pudo prevenirse?... La noticia estremecedora sigue abriendo interrogantes. Al horror y a la obstinada tristeza le suceden la sensación de desprotección y el temor de que algo tan terrible como lo sucedido podría darse tan repentinamente como en Dunblane en cualquier otro lugar.

Gran Bretaña aporta un nuevo caso a su historia de sucesos de violencia paradigmática, cuando aún no hemos podido olvidar la terrible muerte de un niño de pocos años a manos de asesinos infantiles, o la espantosa «casa del horror», con su cementerio de cadáveres en el jardín... La matanza de los 16 pequeños y de su profesora por designios de un psicópata reabre el debate en torno a varias cuestiones no resueltas: la necesidad de garantizar la seguridad en las escuelas; el derecho a la posesión de armas; la indefensión ciudadana ante los individuos que, en gestos de demencia sin par, «saldan sus cuentas» con la sociedad de la que se sienten víctimas; el derecho a la privacidad de asesinos potenciales mientras no cometan un crimen —siempre irreparable— aunque sus gestos puedan constituirse

* Licenciada en Filología Hispánica. Madrid.

en serios indicios de criminalidad; la ingente carga de violencia de nuestra sociedad. Seguramente no podremos dar respuesta a estos interrogantes ni borrar la tragedia, pero el análisis puede tal vez ayudarnos a ser conscientes de los problemas que exigen pronta respuesta, como un primer paso necesario, y a no destilar nuestro rencor hacia el homicida.

El retrato anunciado de un asesino

THOMAS Hamilton, el asesino de 43 años, es sin duda un psicópata. Pero nos horroriza comprobar que los testimonios sobre su personalidad que ofrecen ahora quienes lo conocieron anunciaban una peligrosidad manifiesta. El asesino fue siempre un hombre desagradable y hasta temible para quienes incluso fueron víctimas de sus amenazas, y aun así, no se tomaron precauciones ni se sospechó su venganza.

El retrato del asesino ofrecido por vecinos, padres de alumnos, antiguos jefes y profesores, parece indicar que una esquizofrenia paranoide se venía adueñando de su persona desde tiempo atrás. Los delirios de persecución que —según Bleuler— caracterizan esta patología, explicarían las cartas que sabemos dirigió a periodistas, políticos, concejales e incluso a la propia Reina Isabel II: «Me siento acusado, señalado con el dedo por todos... Hasta caminar por la calle me resulta embarazoso». Con frecuencia estas obsesiones se manifiestan como la convicción de que, por las intrigas de otros, han sido difamados por sus vecinos o han perdido un empleo. La siguiente frase de Hamilton, extraída de otro comunicado distribuido por todos los buzones de Dunblane en agosto de 1995, parece completar el cuadro: «Le escribo brevemente para explicarle la verdad y desvanecer así las calumnias y cotilleos que circulan sobre mí».

El detonante de esta carrera patológica parece situarse en 1974, cuando fue obligado a dimitir como jefe de los Scouts de Stirling por «conducta indecente». Sin saber que alimentaban su letal obsesión, los responsables de los scouts rechazaron varias veces su solicitud de readmisión; y también contribuyeron a ello los padres de los alumnos que, o bien lo denunciaron por la extraña conducta de hacer posar a sus hijos con el torso desnudo o simplemente los «sacaron» —el portavoz para Escocia del Partido Laboralista George Robertson fue uno de estos padres— de The Stirling's Robert's, la organización que el propio Hamilton

creó en 1980. Hasta el ministro para Escocia recibió del delirante Hamilton en 1993 una carta que, ante la masacre, cobra una dimensión de terrible recapitulación: «En 20 años de actividad no ha habido jamás una transgresión de la ley ni la menor sugerencia por parte de ningún muchacho, ni de mis superiores de que haya abusado de los niños».

Lo que resulta francamente incomprensible es que, con estos antecedentes que en su momento dieron lugar a una investigación policial, y con el rechazo hacia su persona que ahora confiesan quienes consideraron que estas prácticas eran indecorosas, se le permitiera ejercer de supervisor de gimnasia en el propio colegio que sirvió de escenario para el crimen. Demasiados anuncios a demasiadas personas, demasiados antecedentes como para que no se adoptara alguna medida de precaución. Tal vez la razón de esta falta de previsión se halle en la flema británica, en la negación hipócrita de una sociedad ante la realidad escandalosa de los abusos sexuales en las escuelas, o en la simple ignorancia del otro que practica el individualismo de nuestra vida contemporánea. Y mientras se lo ignoraba, un monstruo, una bestia herida se preparaba para asestar su venganza más siniestra contra una sociedad a la que culpaba de su apartamiento y marginación. La privacidad de cada vida, sentida como un derecho inalienable de todos, contribuyó también a que el psicópata siguiera alimentando su odio sin retorno.

¿Las armas, en manos de todos?

SI en alguna de las ocasiones en que el caso Hamilton fue llevado ante la policía antes del fatídico 13 de marzo un psiquiatra hubiera estudiado su personalidad, seguramente las peticiones de tenencia de armas elevadas a las mismas autoridades por el psicópata habrían sido denegadas. Según la ley británica, la policía examina las solicitudes y rechaza las que proceden de personas con antecedentes penales o con historial clínico de enfermedades mentales. Podrá aducirse que Hamilton no contaba con un historial médico por no haber acudido nunca a un servicio psiquiátrico, o que sus antecedentes penales eran inicialmente insuficientes; pero cabe preguntarse: ¿Cómo pudo reunir el mortífero arsenal de dos revólveres 357 y dos pistolas de 9 milímetros en esos veinte años, con los antecedentes y sospechas que fueron apareciendo a lo largo de dicho período? De haberse cumplido estrictamente la ley,

podría haber conseguido un arma, aparándose en la competición, en la práctica del deporte de tiro al blanco como la «sólida razón» para pedir el permiso que exige dicha normativa; pero incluso así, cuatro armas son demasiadas para un único ciudadano. Las autoridades no han negado el carácter legal de la tenencia de esas armas por Hamilton; pero —lamentablemente «a posteriori»— se ha abierto una investigación para depurar las responsabilidades respectivas.

La pregunta inicial reabre el debate en torno al derecho de tenencia de armas, derecho que esgrimen cazadores y deportistas, pero que aprovechan sin duda delincuentes y fabricantes. El debate, no nos engañemos, sigue abierto por razones fundamentalmente económicas; el ciudadano pacífico que no tiene intereses directos en la actividad de venta de armas, no desea contar con una pistola ni la considera necesaria si sabe que no va a ser agredido con arma de fuego. Además, el argumento de la «lícita defensa» que esgrimen los defensores de la tenencia demuestra su inutilidad ante la espiral de violencia y de muerte de países como Estados Unidos, en los que esta opción se ha instalado hace años, y ante casos como el ocurrido en Dunblane. De haber tenido un arma la profesora que intentó defender con su cuerpo a sus alumnos en el gimnasio escolar, ¿habría evitado la tragedia? Si la respuesta fuera sí, la sociedad a la que estaríamos refiriéndonos no debería proclamar afanes de paz, de concordia o de tolerancia ya que la ecuación «un hombre o una mujer, un arma» nos llevaría irremisiblemente a una ciudadanía de «cowboys» y a la sociedad del más fuerte en razón del calibre de su revólver. Más aún, si la aplicación de restricciones al uso de armas que prevé la ley se revela tan ineficaz como en este caso de Dunblane, ¿por qué no sopesar honestamente —no con discursos ambiguos— los beneficios frente a los inconvenientes de la legitimidad del uso de armas de fuego por la ciudadanía? Una cosa es clara; sin «su arsenal», Hamilton no habría matado en pocos segundos a 17 personas indefensas, ni habría dejado su terrible imagen de asesino asestándose un tiro que quedará, indeleble, en la mente y en el espíritu de los pequeños sobrevivientes.

La violencia en las escuelas

AUNQUE son muchos más los posibles interrogantes que se abren ante el horror de Dunblane, una evidencia

es notoria y no admite signos de pregunta: la violencia se ha instalado en las escuelas del mundo civilizado. Gran Bretaña lamenta aún el ataque de Stephen Wilkinson —diagnosticado posteriormente también como esquizofrénico paranoide— que mató en Middlesborough a una estudiante e hirió a dos; o el asesinato del profesor Philip Lawrence a manos del jefe de una banda juvenil. Estados Unidos sufre con harta frecuencia el ataque de los denominados «sprees killer», que asesinan sin piedad a múltiples víctimas indefensas en espacios públicos y en paraninfos universitarios. Francia todavía tiene abiertas las heridas de septiembre de 1995, cuando un estudiante mató a 16 personas y cerró su «gesta» con su suicidio.

Ante estos hechos, se piden inspecciones para detectar armas, se refuerzan los controles por un tiempo; sin embargo, el temor a convertir las escuelas en fortines y la falta de personal suficiente para un control permanente y sistemático hacen que, poco a poco, estas medidas se relajen. Francia acaba de iniciar un plan de control general con el que no sólo se evite la posible agresión exterior, sino que refuerce la seguridad de profesores y alumnos en el interior de las aulas. Las armas, cada vez más generalizadas entre el alumnado, son un peligro constante y la decisión francesa está siendo observada con atención por los países vecinos, que temen convertir los centros escolares en edificios amurallados y policiales pero que saben que la situación de violencia escolar exige alguna medida eficaz al respecto lo antes posible. De prosperar dicho proyecto, se ganará en seguridad en el ámbito escolar, pero no se solucionará el problema básico: la violencia como signo de nuestra vida contemporánea.

La violencia, signo de nuestro tiempo

LOS índices de violencia en nuestro mundo son de tal magnitud que exigen medidas urgentes, y admiten, incluso, cierta cuota de ensayo y error en éstas. Si hace 70 años moría un ser humano a manos de otro cada minuto, hoy la proporción ha subido a una víctima cada 14 segundos. Guerras, conflictos interétnicos, asesinatos, terrorismo, muerte por enfermedades y hambre que la misma violencia ocasiona, conforman el cuadro de una violencia omnipresente que se ensaña siempre con los más débiles. Recordemos que sólo en el conflicto de la ex Yugoslavia, han perecido más de 3.500 niños por su causa.

Como explica el antropólogo Santiago Genovés o, más recientemente, el psiquiatra Rojas Marcos, la violencia se aprende y desarrolla en el medio familiar y, sobre todo, en sociedades en las que el niño recibe una educación rígida, excesivamente formal y diferenciada según el nivel social. La relación inhibición-frustración-agresión explica muchas de las situaciones de violencia y la importancia del ambiente socio-cultural. El propio Hamilton fue víctima de la violencia doméstica en un ámbito familiar desestructurado: con el engaño de considerar a su madre como su hermana y a sus abuelos como sus padres, el abandono sistemático y un modelo educativo represivo en su niñez. Y recibió la incompreensión de sus conciudadanos que, al tiempo que lo marginaban con su rechazo casi visceral, no supieron o no pudieron descubrir su enfermedad ni ofrecerle un camino de curación.

La educación para la paz

IGUAL que se aprende la violencia, se puede y se debe desarrollar la educación para la paz. Reconociendo el carácter cultural de la violencia —lejos de toda valoración biologista que sirve casi siempre para su justificación— es necesario trabajar desde todos los frentes para que víctimas y promotores tomen conciencia de sus efectos nocivos y de la necesidad del cultivo de sus antídotos esenciales: tolerancia, respeto, paz, justicia, inteligencia, cooperación. Todos son valores que deben desarrollarse dentro y fuera de la escuela. Más aún, es la escuela la primera responsable, junto a los poderes públicos, de la educación para la paz; sin olvidar que el control puede ser una medida inmediata pero nunca la única ni definitiva.

Para erradicar la violencia, entre otras medidas, habría que evitar las altísimas dosis que de la misma reciben los niños y jóvenes a través de los medios de comunicación; en las propuestas lúdicas del mundo industrializado —y que culminan casi siempre en la banalización de la muerte—; en el seno de las familias; en las pandillas juveniles o en las ciudades masificadas... También los responsables de los medios de comunicación deben hacer ejercicio de sincera autocrítica para ver en qué medida las informaciones que difunden sobre hechos como el que nos ocupa, con un despliegue morbosos de detalles truculentos, no es sino otra forma de rendir culto a la violencia.

Es terrible sentir que otro Hamilton puede esperar, agazapado, para dar su zarpazo agresivo y criminal en cualquier momento. Nadie está exento, pero hay que sobreponerse al horror y apostar activamente por una cultura de la paz, desde todos los espacios de nuestra vida. Sólo así cabría hablar de seguridad, y actos como el de Dunblane existirían únicamente como el recuerdo del horror de esa mañana fría de marzo.